

y actividad, pues tengamos en cuenta la necesidad del vanidoso y entendamos que el sol brilla para todos y que el rocío fecunda toda la tierra; proclamemos ideales de redención ¡sí! pero no de partido ni de redención, que son nada al lado de aquellas justas y elevadas que dignifican más y más la personalidad del hombre para que le apar-

ten de las luchas fratricidas que son baldón de la humanidad, y templemos nuestro espíritu al calor del amor altruista, el más abnegado y el más sacrosanto, y el que hará del ideal de fraternidad humana, uno de los monumentos más grandiosos de la historia contemporánea.

FRANCISCO JAVIER ANDREU

Esperanzas, alegrías, ambiciones, desventuras
no merecen tanto insomnio, tanto duelo, tanto afán
pues cual olas de existencia fugitivas e inseguras
unas suben, otras bajan, otras vienen y otras van.

VENTURA RUÍZ AGUILERA.

La vida en broma

Las modas femeninas son el punto de origen de morrocotudos disgustos en el seno de la aporreada y mártir clase media.

El autor de estas crónicas insustanciales y soporíficas conoce a un tal don Leoncio Lija, modesto oficial cuarto de Correos, que sale a disgusto diario en su hogar.

—Mira, Leoncio—le dice el mejor día su consorte—. Es preciso que compremos a Lisardita un traje color álamo dispéptico.

—¡Pero mujer!—exclama don Leoncio— ¡Si hace cuatro meses le compramos ese de tono de vals místico!

—Si, hijito... Pero ya está pasado de moda... Hoy, el álamo es el que priva... ¡Con decirte que ayer vimos a las de Revoltillo con dos trajes de ese color! Yo supongo que no consentirás que tu hija sea menos que las del confitero. ¡Sacaremos el dinero de donde sea preciso!

—¡No sé de dónde!

—Yo sí lo sé. Tú, por lo pronto, haces una serie de gastos completamente inútiles.

—¡Como no sea el de lavarme!

—¡No me vengas con chirigotas intempestivas, Leoncio! Por lo pronto, gastas dos

reales diarios en fumar y tres pesetas mensuales en peluquería.

—Pero mujer! ¿Puedo dejar de afeitarme?

—¡Sí, señor! Puedes dejarte la barba... ¡Si yo fuese hombre!

—Sí. Es una lástima porque te sentaría muy bien una perilla.

—Leoncio ¡eres un majadero!

—Resegunda, ¡tengamos la fiesta en paz!

—No quiero. ¡Mal padre! ¡Derrochador!

—¡Ingrata! ¡Llamar derrochador a un hombre como yo, que lleva ligas hechas por tí de la badana de un sombrero viejo, y corbata de un pedazo de tapete inútil, es un crimen!

—¡Calla, fiera! ¡Mal esposo!

* * *

Inútil es decir que a los cuatro días tiene Lisardita el traje deseado.

El momento del estreno suele dar origen a una conflagración doméstica.

Don Leoncio, al ver aparecer a su hija con un traje verde rabioso y un sombrero que parece una cacerola azul, no puede dominar una interjección de disgusto.

—Estás hecha un mamarracho — grita, volviendo la cabeza.

—¡Papá!—dice la niña, ofendida—. ¡Ten